

-Un paso, dos pasos, tres pasos....

Querido mío:

Es por ti que llevo uno dos y tres años caminando sin rumbo cierto, aunque con meta.

Amor mío, la meta no es otra que tú, en concreto, y el amor en abstracto. Tú, en particular, y el idealismo como forma de vida, en general.

Quizá haya llegado el momento de pararse a reflexionar en este sendero tortuoso, en que camino con la secreta esperanza de no tener que cambiar mi infantil forma de creer. No quiero comenzar desde ya a pensar que la casualidad y el destino son rectores de algo que se nos escapa de las manos; necesito quemar el último cartucho antes de abandonar el dogma de que la suerte se busca y las riendas pueden asirse, la inercia controlarse y el destino escogerse entre mil posibilidades óptimas.

Amado mío, es por ti que comprendí el significado del verbo amar, esa incógnita tantas veces presente en los textos, móvil oceánico que no entendía, y por no comprender confundí siempre con uno más de los recursos literarios que sirven para dotar a los poemas de algo así como peso específico. Pero un día...

desperté sin vivir en mí, sin escoger por mí, sin ser feliz conmigo misma. Amanecí con sed de tu compañía. Descubrí en los versos la individualización de la mayor de las angustias universales, aquello que es de todos pero sólo de cada uno, y sólo unas pocas veces. Pasando a formar parte de la antes ignorada categoría de los desesperados por amor,

y sin darme cuenta, me descubrí utilizando esa sencilla y amarga fórmula de llenar los poemas de fondo. Sangrando sobre el papel.

Al mismo tiempo comencé a combatir a la historia para materializar mis deseos y evitar la entrada en ese club de drama que ha hecho las delicias de la literatura de Shakespeare o la mitología griega. Y luché

No sabía bien cuales serían mis armas en esta guerra contra el destino. Por primera vez me escapaba de la inercia a la que me habían enseñado, la de coger las cosas como te vienen y ver lo que el destino te da con cristal de color rosa. Ahora no era así. En ese momento me di cuenta de que la inercia y el destino me apartaban de ti, y ya no era algo así como "hoy no sales" o "te quedas sin postre", esta vez era "para toda la vida" y sin solución, y la renuncia no era provisional. Era el Amor, y con él toda una forma de pensar.

Es mucho lo que se aprende leyendo, y yo conocía el resultado casi irrevocable de ver frustrados los sentimientos verdaderos, sabía de la amargura que en tantos escritores habían dejado, como poso indestructible, los desengaños; había aprendido

que la magia del amor que aparece con toda su carga de romanticismo y pasión en la adolescencia, no resistía sin dejar huella un golpe tan duro como el que a mí se me avecinaba. Después lo que se buscaba era otra cosa; era cariño, compañerismo, necesidad de afecto, incluso placer o pasión. Pero esa magia, esa fuerza de los primeros amores...

Mi primera batalla fueron los prejuicios (o los preceptos morales que tan bien me habían inculcado), esa es para muchos incomprensible, pero los que hayan participado de esta pugna interior saben a lo que me refiero. Lo más triste es que la renuncia a todo eso, por muy voluntaria y unilateral que sea, te crea expectativas, falsas expectativas, y piensas que por haber tenido la fuerza de superarlo mereces una recompensa, tu corazón la reivindica y la frustración es aún mayor.

Yo no paré ahí.

Perdido uno sólo me quedaba retirarme (de nuevo opción que la inercia señalaba) o seguir apostando. Lo que ocurre en estos casos tiene mucho que ver con la ludopatía, supongo, o con las ganas de perder kilos de las anoréxicas, sospecho. Lo que sé con certeza es que participa de la ansiedad, de la desesperación y sobre todo de una inversión de la inercia en favor del sentido contrario al inicial. Más, y más, y no puedes parar, y sabes que coherentemente sería lo más acertado, pero es que ni siquiera te paras a pensar con coherencia ni tienes una visión coherente, ni eres capaz de ver la realidad. Se te escapa de las manos. Primero es soy la primera en llamar, después es soy la única que llama, más tarde viene la necesidad imperiosa de saber exactamente dónde está en cada momento. Primero quieres verlo, después no puedes dejar de verlo, más tarde eres capaz de saltarte toda regla, norma o impedimento con tal de no perderlo de vista. Es entonces que ese amor, antes puro y maravilloso se convierte en amor histérico. Poco después se pierde la dignidad.

Lo que pasó después era previsible. Un dramón de tipo "atracción fatal" no es muy atractivo. Huíste. Puedo verlo hoy, pero en su día... suele pasar; cuando se tiene una cierta perspectiva de las cosas se ve la realidad, es imposible si la tienes pegada a los ojos.

Pero hubo segunda parte.

Yo me di cuenta de mi comportamiento meses después, pero fui víctima de ese cambio de óptica que da el fracaso amoroso. Conocí otros hombres, tuve otras relaciones, sólo cambiaba lo que buscaba, y además, era más fácil, no había que fingir, ni que luchar en absoluto, y un buen día te cansabas y volvías a la soledad con cierto alivio. Hasta que me di cuenta de que lo que en realidad había cambiado era yo. Yo misma. Ya no estaba dispuesta a dar, entonces te cuestionas ¿hasta qué punto dar era

bueno?, ya no lo es. Se acabó la inocencia. ¿Es mejor o peor ser inocente? estaba más tranquila, pero ... carecía de algo imprescindible: la autenticidad.

De eso me di cuenta cuando volviste a acercarte a mí. Entonces empezó una nueva lucha. Todo el que ha caído alguna vez en un desequilibrio de gran magnitud sabe, que poco a poco la mente se hace inmune, y rechaza tajantemente la posibilidad de volver a caer en una situación de angustia semejante. Por otro lado, yo nunca había dejado de amarte. Y ese deseo de amar de forma auténtica reapareció con más ímpetu. Lo único diferente es que yo tuve miedo, y tú, supongo que también. Es lo mejor que puedo pensar de ti.

En cualquier caso no me diste una base sólida para reacer lo bueno que había habido. Me encontraba de nuevo ante la misma situación incierta, insegura, ¿escapar?. Mi opción fue arriesgarme. Arriesgarme a ser o no capaz de tomarme esta vez las cosas con más calma.

Creo que lo he hecho bien. He fingido. He ocultado el noventa por ciento de lo que en realidad sentía. He dado pequeños pasos solicitando de ti que andases al mismo ritmo. Pero tú ... no me has seguido.

No puedo seguir avanzando sola, no es posible construir un puente con un sólo lado, en una partida de ajedrez han de mover dos, y en una de tenis... el frontón es soledad; pero lo pienso, lo digo , lo repito, y nunca desaparece la esperanza, las posibilidades se vuelven como molinos de viento y coartan con sus órdenes: abrámonos al mundo, dicen las posibilidades, liberémoslo. Rompe los prejuicios, me dicen las posibilidades. Rompe el círculo. ¿Qué círculo me queda tras romper con todo lo aprendido? qué círculo si sólo me queda un punto incierto y solitario en el universo de las potencias.

Ahora es la probabilidad de que haya sido a causa de romper ese círculo. Por desafiar a Le Corbusier.

Palabras como "flechazo" no estaban en mi vocabulario. Como no lo están hoy olvido o deserción. Y esas mismas posibilidades que siempre me obligaron, desaparecen poco a poco, desvaneciéndose como una hoguera cuyas cenizas no dejan de marcar mi destino. Y con su progresiva caída en el silencio mueren los sueños. Mientras, yo me marchito con la terrible sospecha, de que mis pétalos no tendrán nunca más el brillo que les daba la esperanza de tenerte. Me veo como un nuevo amargado-desencantado-del-mundo-y-la-vida cuyo futuro está resignado a ser una agonía que trastoque la serena existencia de terceros; como un Romeo que observa a su Julieta en lecho de muerte, mi Beatriz con sentencia de olvido, nuevo Heminway.

Todo por haber cometido el error imperdonable de soñar antes de que la vida diera su plácet.



Por ello no me queda otra que resistirme mientras quede un ligero suspiro, un hilo de voz, y transmutar mi entusiasmo en esas posibilidades suplicando madera, ignorando el hecho de que, por mucha madera que quede en la recámara, el fuego está condenado a ser perecedero, antes o despues, alárguemos la agonía me dice el instinto de supervivencia, lucha como lo hicieron tus antepasados, hay que ser participe de la dignidad que caracteriza al hombre español en momentos de tragedia. Por una cuestión de idiosincrasia.

Así me siento nueva armada invencible, condenada a yacer en el océano, así me adivino peleando despues de muerto y de muerto ganando más madera, yo, reencarnación de Rodrigo Díaz de Vivar. Nuevo español irrealista, idealista y batallador , dando hasta su último suspiro por ...

La vida que venga despues, cómo será. Suena a tópico, *"los enamorados jamás comprenden que lo que ellos están pasando lo hemos pasado todos"*, los desesperados no sospechan que sus sentimientos son lo suficientemente comunes como para hacer un club, pero es que yo no creo que de aquí vaya a salir nada parecido a lo que había antes, es que ya no soy como era antes, ni río como reía antes, ni sueño como soñaba antes, ni me siento capaz de darlo todo, como lo he dado ahora. "Despues de esto" es un concepto que no se haya en mis planes.

Y ahora qué.